

El medio ambiente europeo — Estado y perspectivas 2005

Resumen

Mejoras en Europa, decisiones locales, impacto global

Los europeos valoran su medio ambiente; las encuestas del Eurobarómetro muestran que en su gran mayoría (más del 70 %) desean que los responsables políticos otorguen la misma importancia a las políticas ambientales, económicas y sociales. Como individuos, los europeos están dispuestos a tomar algunas medidas a favor del medio ambiente, aunque se implicarían en mayor medida si estuvieran mejor informados sobre opciones ecológicas que cuestan poco o nada. Asimismo, harían más si tuvieran la seguridad de que sus conciudadanos obran del mismo modo.

En los últimos treinta años se ha hecho mucho por mejorar el medio ambiente en Europa. Se ha eliminado el plomo de la mayor parte de las gasolinas. Se han suprimido gradualmente los clorofluorocarbonos (CFC) que destruyen la capa de ozono. Las emisiones de óxido de nitrógeno procedentes del transporte por carretera se han reducido alrededor de un 90 % respecto al nivel que habrían alcanzado si no se hubieran introducido los convertidores catalíticos. Las emisiones de dióxido de azufre procedentes de la producción de electricidad también han caído sustancialmente, debido principalmente a la introducción de tecnologías de desulfurización de gases de combustión.

El creciente tratamiento de las aguas residuales urbanas permite que los ríos, lagos y estuarios europeos se recuperen de la contaminación. Las zonas naturales protegidas de la Unión Europea constituyen en la actualidad el 18 % de su territorio, y contribuyen al mantenimiento de los ecosistemas y la conservación de la diversidad biológica. Las zonas forestales aumentan ligeramente y, en algunas zonas, se regeneran con mayor rapidez que en el pasado. Estos y otros muchos avances resultan beneficiosos para la salud de las personas y su calidad de vida.

Pero aún quedan retos importantes por afrontar en el futuro. El problema más acuciante es el cambio climático, cuyo impacto ya se considera evidente dada la frecuencia cada vez mayor de fenómenos meteorológicos extremos, la escasez de agua en algunas regiones y el retroceso

del hielo en los polos. Otras prioridades ambientales son la contaminación atmosférica y la regulación de los productos químicos para reducir sus efectos sobre la salud y el medio ambiente; la conservación del suelo como recurso productivo y reserva de la biodiversidad; la mejora cualitativa y cuantitativa del agua dulce y la preservación de los océanos. En particular, los océanos son ecosistemas cruciales que sustentan muchos de los bienes y servicios ecológicos de los que dependemos.

Para responder a algunos de estos retos será necesario recurrir a un mayor uso de energías renovables como, por ejemplo, la energía eólica y la solar, para sustituir algunos de los limitados recursos no renovables, por cuya explotación compiten tanto los países desarrollados como las economías emergentes.

Muchos de los problemas ambientales que afrontamos se deben a la forma en que Europa utiliza su suelo, a su estructura económica y a nuestras formas de vida. Son factores difíciles de cambiar. Un fenómeno muy importante es que la preocupación por el medio ambiente ya no se centra en las cuestiones relacionadas con la producción, sino en las relativas al consumo. Una mayor toma de conciencia de los efectos sobre el medio ambiente y la salud repercutiría positivamente en nuestras decisiones cotidianas a la hora de elegir lo que compramos, el lugar en que vivimos y trabajamos y los destinos a los que viajamos.

El gasto de los hogares aumentó sobre un 33 % en los 15 antiguos Estados miembros de la UE entre 1990 y 2002. Se prevé que esta cifra se duplique en los 25 Estados miembros de aquí a 2030, con grandes diferencias entre grupos de renta y regiones. En una economía cada vez más globalizada, las decisiones de los consumidores de cualquier lugar afectan cada vez más no sólo al medio ambiente europeo, sino también al de muchas otras partes del mundo. Es necesario comprender mejor sus repercusiones potenciales, profundizando en la investigación, para ayudar a invertir algunas de las tendencias negativas actuales y futuras.

Con unas cinco 'hectáreas globales' por persona, la 'huella ecológica' de la UE-25 —es decir, la superficie de suelo necesaria para producir los recursos que consumimos



y absorber los residuos que generamos– equivale aproximadamente a la mitad de la de los Estados Unidos, pero sigue siendo superior a la de Japón. Asimismo, duplica con creces la media de países como Brasil, China o la India. El consumo mundial total de recursos naturales ya es aproximadamente un 20 % superior a la tasa de recuperación anual. Se ha dicho que esto equivale a 'vivir del capital y no de los intereses'.

Creciente urbanización, abandono del campo

Casi tres cuartas partes de la población europea vive en zonas urbanas y suburbanas, que ocupan un 10 % de la superficie total de la UE. Esta cifra parece razonable, pero la intensidad y los conflictos en torno a los múltiples usos del suelo pueden tener consecuencias en partes importantes del territorio europeo, lejos de donde tiene lugar actualmente el uso inicial del suelo.

Un análisis reciente muestra que más de 800 000 hectáreas adicionales de suelos naturalmente productivos se han convertido entre 1990 y 2000 en superficies artificiales para viviendas, oficinas, comercios, fábricas y carreteras, lo que representa un aumento del 6 % de las zonas urbanas del continente. Esto equivale a tres veces la superficie de Luxemburgo, y representa una reducción significativa del capital natural. El bajo precio de las tierras agrícolas fértiles en comparación con el suelo ya urbanizado es uno de los principales factores que provocan esta expansión de las zonas urbanizadas.

También el turismo sigue creciendo con rapidez, impulsado en parte por los bajos precios del transporte aéreo y por una población europea con mayor poder adquisitivo y más envejecida. El turismo contribuye, asimismo, a la expansión de las zonas urbanizadas, sobre todo en los alrededores de aglomeraciones costeras como, por ejemplo, la superurbanizada costa mediterránea. El desarrollo mal planificado del turismo puede incrementar asimismo la presión sobre zonas que ya padecen escasez de agua.

A medida que van creciendo, las zonas urbanas intensifican su ocupación del suelo y el uso del agua de

las zonas circundantes. Este crecimiento afecta a 'servicios' clave que supuestamente 'presta' la naturaleza a título gratuito, tales como la filtración natural de las aguas subterráneas a los acuíferos de agua dulce, la conservación de los humedales y de la diversidad genética que encontramos en zonas de agricultura extensiva a pequeña escala. La destrucción de la cubierta forestal puede alterar radicalmente el fenómeno de la escorrentía, provocando corrimientos de lodo y otros problemas, aumentando al mismo tiempo las superficies que corren riesgo de inundación.

El cambio climático ya está aquí

El cambio climático está en marcha. Las temperaturas medias en Europa han aumentado 0,95 °C en los últimos cien años, y se prevé que aumentarán entre 2 y 6 °C a lo largo de este siglo. En algunos lugares, la agricultura se verá probablemente beneficiada por la prolongación de la estación anual de crecimiento, pero en otros, la escasez de agua y el incremento de la gravedad (e imprevisibilidad) de los fenómenos meteorológicos, hará que aumenten los riesgos para la agricultura.

Dado el aumento de las temperaturas del mar y de los nutrientes, es más probable el riesgo de que se produzcan 'floraciones de algas' (un fitoplancton tóxico, nocivo tanto para la flora y fauna marina como los seres humanos). El zooplancton –en la base de la cadena alimenticia– y los peces que se nutren principalmente del mismo suelen seguir las tendencias de la temperatura. De hecho, algunas especies ya han migrado varios miles de kilómetros hacia el norte. También la fauna y la flora terrestres se están desplazando. Desgraciadamente, algunas especies no pueden migrar. Las especies alpinas que viven en las mayores altitudes carecen de alternativas para desplazarse.

En respuesta a estos fenómenos, los Ministros de la UE han acordado el objetivo de limitar el aumento de la temperatura media del planeta a largo plazo a no más de 2 °C por encima de los niveles anteriores a la industrialización. Asimismo, han señalado que puede que sea necesario estabilizar las concentraciones de CO₂ muy por debajo de 550 ppm para alcanzar este objetivo, lo que exigirá reducir de aquí a 2050 las emisiones de gases de efecto invernadero en los

países desarrollados entre un 60 % y un 80 % respecto a los niveles de 1990. A corto plazo, la UE va camino de cumplir sus objetivos de Kioto gracias a su sistema de comercio de emisiones y otras medidas, como el Programa Europeo sobre el Cambio Climático. No obstante, resultará más difícil de alcanzar su objetivo a medio plazo para 2020, es decir, una reducción del 15 % al 30 % de las emisiones de gases de efecto invernadero respecto a 1990.

Los estudios sobre escenarios de la AEMA concluyen que la clave de una economía con bajas emisiones de carbono reside sobre todo en tres medidas: reducir el consumo de energía, aumentar la cuota de las energías renovables y mejorar la eficiencia energética de la generación y el consumo de energía, en particular con medidas adicionales de conservación de energía. El uso de recursos renovables para generar energía aumenta gradualmente, mientras que la posibilidad de incrementar la producción de energía nuclear sigue siendo una opción abierta –y sumamente controvertida– en la mayoría de los países.

Lentos avances en la gestión de la demanda de energía

Desde 2000, las mejoras de la eficiencia en la generación de energía y la reducción de la demanda de energía por parte de la industria se han visto contrarrestadas por el incremento del consumo de energía de los particulares y del sector de los servicios. Cada vez se usan más aparatos eléctricos en un número cada vez mayor de hogares. Algunos estudios indican que los electrodomésticos que permanecen conectados en modo de espera, por ejemplo, representan actualmente entre un 3 % y un 13 % del consumo de electricidad de los hogares.

Se prevé que, de aquí a 2030, la demanda de energía en toda Europa aumentará casi un 20 %, un ritmo muy inferior al previsto para el PIB, aunque en la dirección opuesta a la requerida para luchar contra el cambio climático. Es insuficiente aún la utilización de medidas efectivas y de bajo coste para mejorar la eficiencia energética. Las centrales de ciclo combinado de generación de calor y electricidad podrían mejorar la eficiencia del suministro de energía. La captura y almacenamiento del carbono podría servir de tecnología

de transición. Las medidas de mejora de la eficiencia energética de edificios, vehículos y bienes de consumo podrían contribuir a reducir la demanda si se estimularan con instrumentos de mercado y disposiciones legales.

A medio plazo, la inversión sostenida en energías renovables, en la eficiencia energética y en el hidrógeno como portador de energía podrían contribuir a reducir la dependencia europea de los combustibles fósiles. El hidrógeno ayudaría en particular al sector del transporte, que es el que más contribuye al crecimiento de la demanda europea de energía y de las emisiones de CO₂. Resulta preocupante que, según las previsiones, esta tendencia vaya a mantenerse en las próximas décadas. En particular, se calcula que entre 2000 y 2030 el transporte aéreo duplicará su cuota en el conjunto del transporte.

La UE ha mostrado su compromiso con el camino a seguir fijando objetivos ambiciosos para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero. Asimismo, ha reconocido que la falta de actuación encierra un riesgo demasiado alto. El uso de fuentes de energía de bajo contenido de carbono, como sugieren los escenarios de la AEMA, comportará el aumento del coste de la energía para el consumidor. Pero no hacer nada también tiene un coste, tal como empiezan a demostrar varios estudios sobre este tema. Uno de ellos señala que el 'coste social del carbono' –el coste para la sociedad a nivel mundial de cada tonelada de carbono emitida a la atmósfera– es de unos 60 euros por tonelada. Otros estudios apuntan a costes mucho más elevados. Las diferencias de cálculo se deben a la forma en que se valoran pecuniariamente las consecuencias a largo plazo para el clima, la agricultura, la calidad del aire, las plagas, el suministro de agua y las enfermedades.

Podemos poner estos costes en perspectiva si consideramos que las emisiones de gases de efecto invernadero en los 25 Estados miembros de la UE oscilan entre 5 y 25 toneladas de carbono por persona, según el país de que se trate (lo que equivale a un coste social de 300 a 1 500 euros por persona). Comparando esta cifra con el coste adicional estimado de 45 euros por persona que generaría una economía con bajas emisiones de carbono en 2030, este último resultaría mucho menos oneroso.

Estamos más sanos, pero seguimos expuestos a contaminantes

Europa ha realizado grandes avances en la reducción de muchas formas de contaminación atmosférica. Ha eliminado, en particular, el smog (contaminación atmosférica urbana) en muchas zonas y ha reducido la lluvia ácida. Sin embargo, las altas concentraciones de partículas finas y el ozono troposférico siguen causando problemas de salud en numerosas ciudades y sus alrededores. El ozono troposférico también perjudica a los ecosistemas y es dañino para los cultivos de grandes zonas rurales de Europa.

A pesar de la reducción de las emisiones, las concentraciones de estos agentes contaminantes siguen siendo elevadas, a menudo superiores a los objetivos fijados. La exposición a estas concentraciones reduce la esperanza de vida, es causa de muerte prematura y deteriora la salud de amplios sectores de la población. El aumento del volumen del transporte –del 30 % el transporte de mercancías y del 20 % el de pasajeros durante los últimos diez años– ha supuesto que mejoras tecnológicas significativas no hayan dado lugar a una gran reducción general de las emisiones.

Europa pierde 200 millones de días laborables al año por enfermedades relacionadas con la contaminación atmosférica. Además, la OCDE calcula que el 6,4 % de las muertes y enfermedades de niños europeos de corta edad se deben a la contaminación exterior. Esta cifra es mucho mayor en los nuevos Estados miembros de la UE. Los análisis que apoyan a la Estrategia Temática sobre la contaminación atmosférica, publicados en septiembre de 2005, muestran que los efectos significativos en la salud humana y los ecosistemas persistirán incluso si se cumple plenamente la legislación vigente.

Las mejoras de las tecnologías de transporte, desde los vehículos híbridos a los propulsados por hidrógeno, han de contribuir a la reducción de esta exposición. Lo mismo cabe decir de la planificación urbana, que podría proponer sistemas integrados de transporte como verdaderas alternativas al transporte en automóvil en numerosas zonas urbanas.

Los ciudadanos de Europa están igualmente expuestos a una mezcla creciente de contaminantes químicos que generan los alimentos y los bienes de consumo modernos, como los muebles, la ropa y los productos para el hogar. Cada vez es más evidente la relación entre los productos químicos y el incremento de los casos de cáncer de los órganos reproductores (cáncer de testículo, próstata y



mama) y de leucemia infantil. Faltan pruebas fehacientes, pero la presencia ubicua de trazas de productos químicos en las muestras de sangre humana y en el medio ambiente es lógicamente causa de preocupación. Un menor recurso a productos químicos peligrosos en la agricultura, y la reducción de los residuos presentes en los productos de consumo, contribuirían a disminuir los efectos que tienen estas mezclas de sustancias químicas.

La prevención de la contaminación es beneficiosa

Se han realizado grandes esfuerzos por depurar las aguas residuales en Europa y reducir los residuos industriales que contaminan las aguas. Sin embargo, aún queda mucho por hacer hasta la plena aplicación de la Directiva sobre el tratamiento de las aguas residuales urbanas. Los avances realizados hasta la fecha se deben a inversiones de capital y formas de tratamiento avanzadas.

Las tendencias de cara al futuro indican que a partir de 2007 se lograrán nuevas reducciones de la contaminación provocada por las aguas residuales, en particular en los diez nuevos Estados miembros, con el apoyo de los Fondos Estructurales y de los Fondos de Cohesión de la UE. La experiencia adquirida con las políticas de tratamiento de aguas residuales durante los últimos veinte años muestra que las inversiones en plantas depuradoras, junto con incentivos económicos realistas destinados a reducir la contaminación en su origen, constituyen la forma más rentable de abordar el problema.

Con medidas políticas como la Directiva sobre nitratos, la Unión Europea trata de reducir la contaminación relacionada con la agricultura. Entre tanto, las inversiones realizadas por el sector del agua garantizan el mantenimiento de la calidad del agua potable. Sin embargo, los fertilizantes orgánicos y minerales y los plaguicidas utilizados siguen filtrándose en los ríos y aguas subterráneas europeas. Aunque se prevé que el empleo de dichos productos químicos disminuirá en los quince antiguos Estados miembros, según las previsiones el uso de fertilizantes minerales se estima que aumente un 35 % de aquí a 2020, a medida que se intensifique la agricultura en los diez nuevos Estados miembros.

Los problemas que plantea la calidad de las aguas subterráneas en Europa persistirán en numerosas zonas, ya que pueden pasar décadas hasta que los contaminantes que se filtran en el suelo lleguen a nuestros ríos, lagos y reservas de agua. La prevención, mediante el cambio de prácticas agrícolas, es más rentable que la depuración, sobre todo a largo plazo.

El agotamiento de nuestros recursos naturales

El estado de las poblaciones de peces a escala mundial ilustra el peligro que conlleva la sobreexplotación de los recursos naturales y la alteración funcional de los ecosistemas. Los peces son el último gran recurso marino natural para la alimentación. La Organización para la Alimentación y la Agricultura de las Naciones Unidas (FAO) calcula que el 75 % de las poblaciones de peces del mundo son objeto de capturas excesivas, y que los grandes depredadores marinos, como los atunes y tiburones, empiezan a escasear.

Tras el agotamiento de muchos de los recursos pesqueros de Europa, la flota pesquera europea se ha trasladado a lugares lejanos, apoyada por acuerdos bilaterales y subvenciones. Estas flotas han contribuido en gran medida al 'agotamiento de la cadena alimenticia' al eliminar una cantidad significativa de grandes depredadores. Esto ha hecho que muchas especies de importancia comercial estén en peligro y se vea amenazada la estructura del ecosistema.

En tierra, la declaración como zonas protegidas del 18 % del territorio de la Unión Europea, en el marco de la red Natura 2000, contribuirá a proteger el buen estado y la diversidad de sus ecosistemas. No obstante, los paisajes europeos, que constituyen una parte crucial de su patrimonio cultural y son hogar indispensable de la biodiversidad, están experimentando grandes cambios, que pueden ser irreversibles. Estos cambios afectan tanto a las especies como al funcionamiento del ecosistema.

Las mayores pérdidas de hábitats y ecosistemas para la biodiversidad en todo el continente durante la década de los 90 se produjeron en los brezales, matorrales y tundras,



así como en los humedales, ciénagas y pantanos. Muchos de los humedales que quedan han perdido terreno ante el avance de la urbanización costera, de los embalses de montaña y de las obras de ingeniería fluvial. De forma similar, a pesar de que la superficie arbolada de Europa es mayor a la que había en el pasado reciente, muchos bosques son explotados con mayor intensidad que antes.

Estas pérdidas están repercutiendo en algunas especies. A pesar de las políticas de protección que forman parte de la estrategia europea para conservar sus principales hábitats, muchas especies siguen amenazadas, entre ellas un 42 % de los mamíferos autóctonos, un 15 % de las aves, un 45 % de las mariposas, un 30 % de los anfibios, un 45 % de los reptiles y un 52 % de los peces de agua dulce.

El suelo de Europa presenta una variedad única en su género, ya que encontramos más de 300 tipos importantes de suelo a lo largo del continente. El suelo perdido puede reemplazarse mediante procesos naturales, pero pueden necesitarse hasta 50 años para producir tan solo unos cuantos centímetros de nuevo suelo. El suelo debe considerarse un recurso no renovable. Muchos factores amenazan el suelo, como la erosión, la impermeabilización, la contaminación y la salinización. Hasta ahora ha sido difícil hacer frente a estos factores y se prevé que sigan siendo un problema en vista de la evolución futura de Europa en el ámbito de la urbanización, la agricultura intensiva y la industrialización/desindustrialización.

La demanda de agua sigue aumentando en todo el continente, sobre todo en los hogares. Se prevé que el consumo doméstico de agua en los nuevos Estados miembros aumentará un 70 % en la próxima década. Asimismo, cada vez se utiliza más agua para el riego de cultivos alimenticios, en particular en el sur de Europa, donde ya hay indicios de escasez de agua. Se prevé que el cambio climático ampliará y agravará este problema. La disponibilidad a largo plazo de agua abundante, fiable y limpia, adquirirá mayor importancia en el marco de la futura ordenación del territorio, sobre todo en torno al Mediterráneo.

En la última década, Europa ha logrado desvincular relativamente el crecimiento económico del uso de materiales y energía. Sin embargo, el consumo absoluto

de recursos se ha mantenido constante. Existen grandes diferencias entre los Estados miembros de la UE, y la intensidad del uso de materiales oscila entre 11 kg/euro del PIB y menos de 1 kg/euro. Estas diferencias se explican en parte por el reparto de la industria y los servicios dentro de la actividad económica. No obstante, la productividad media de los recursos y de la energía en Europa occidental es cuatro veces superior a la de los nuevos Estados miembros de la UE, lo que brinda buenas oportunidades para alcanzar un mayor equilibrio entre los quince antiguos Estados miembros y los diez nuevos en materia de productividad de los recursos, mediante la transferencia de tecnologías y otras medidas.

Integración, innovación y reforma del mercado

Las acertadas políticas ambientales de la UE durante los últimos treinta años se han centrado en fuentes puntuales muy visibles. Estos problemas se han abordado sobre todo a base de disposiciones legales e innovaciones tecnológicas. El reto ahora consiste en desarrollar y aplicar políticas a largo plazo para aquellos sectores económicos que más contribuyen a las fuentes de contaminación difusas.

Probablemente todo avance significativo requerirá varias décadas de políticas coherentes a largo plazo, flexibles y que cuenten con un amplio apoyo entre los ciudadanos. La realización de campañas de información y sensibilización del público serán cada vez más importantes para elaborar políticas efectivas.

Asimismo, se necesitarán políticas efectivas para fomentar cambios de hábitos entre los consumidores europeos y hacer que los sectores del transporte, la energía y la agricultura, en particular, se centren en actividades menos nocivas para el medio ambiente. La reforma institucional a largo plazo y una planificación financiera que fomente una mayor eficiencia ecológica pueden contribuir a promover dichas actividades. Estas medidas podrían complementarse con el uso de instrumentos de mercado. Por ejemplo, el abandono de subvenciones contraproducentes para el medio ambiente a fin de fomentar el desarrollo y uso de innovaciones ecológicas en la industria transformadora, el transporte, la energía y la

agricultura, podría ayudar a impulsar en gran medida el cambio a actividades económicas más sostenibles.

Muchas políticas de la UE ya contemplan objetivos ambientales y dedican presupuestos importantes al fomento de actuaciones y conductas coherentes con objetivos ambientales, por ejemplo, en el marco de la Política Agrícola Común. No obstante, en vista de la amplitud de los cambios que provoca el uso del suelo, Europa podría beneficiarse de un aumento de la cooperación entre los distintos sectores para lograr una cohesión territorial equilibrada, por ejemplo entre la planificación urbana y el transporte a escala regional y el uso de los Fondos Estructurales y de los Fondos de Cohesión.

El sector del transporte constituye un buen ejemplo para recalcar las ventajas que comportan enfoques más integrados. En este sector existen innumerables fuerzas motrices y presiones interrelacionadas que afectan al medio ambiente. Por una parte, este sector ha logrado reducir considerablemente sus emisiones de contaminantes atmosféricos, como los precursores de ozono y sustancias acidificantes. Por otra parte, sin embargo, las emisiones de gases de efecto invernadero siguen aumentando a medida que el incremento de la demanda de transporte (de mercancías y pasajeros) contrarresta con creces la reducción de las emisiones relacionadas con la energía debidas a las mejoras tecnológicas y a la adopción de una normativa más estricta.

Junto con el desarrollo urbano, la infraestructura de transporte tiene un triple impacto en el suelo. Contribuye a la ocupación de tierras agrícolas fértiles, a la impermeabilización del suelo a ritmos cada vez mayores y a la fragmentación de los hábitats en toda la Unión Europea. Además, expone a gran parte de la población a altos niveles de ruido.

Como consecuencia de nuestra creciente predilección por los desplazamientos por carretera y aire, los problemas de transporte ocupan un lugar preferente en los programas ambientales y de sostenibilidad a escala tanto municipal como mundial. Este hecho se ve reflejado en los numerosos problemas que existen en torno al transporte, desde las preocupaciones a escala local (planificación y diseño



urbanos) hasta las de alcance planetario (gases de efecto invernadero y cambio climático).

Con medidas más integradas a largo plazo se han obtenido beneficios considerables. Los impuestos sobre el petróleo ilustran la efectividad de los incentivos económicos a través de instrumentos de mercado. Las tecnologías automovilísticas de los Estados Unidos y Europa son básicamente las mismas. Sin embargo, los impuestos europeos sobre los carburantes ascienden a cerca del 50 % y han estimulado cambios de hábitos entre los consumidores. Estos factores, junto con la presión política a favor del uso de la tecnología, han hecho que los nuevos automóviles europeos sean dos veces más eficientes, en lo que a carburantes se refiere, en las últimas décadas que los de Estados Unidos, donde los impuestos sobre los carburantes son mucho menores. Los estudios muestran que podría ahorrarse una gran cantidad de energía si se adoptasen enfoques similares para los precios de la energía.

¿Qué podemos hacer?

La reforma fiscal puede contribuir a un medio ambiente más sostenible y saludable. Un cambio gradual de la imposición de 'recursos positivos', como la inversión y el trabajo, por la imposición de 'recursos negativos', como la contaminación y el uso ineficiente, contribuiría igualmente a internalizar los costes ambientales en los precios de los servicios y los productos. A su vez, esto generaría señales más realistas para los precios de mercado.

Los responsables políticos podrían adoptar medidas de acompañamiento para garantizar que los impuestos ambientales no generen desigualdades sociales. Por lo general, los miembros más desfavorecidos de la sociedad gastan una mayor proporción de sus ingresos en necesidades básicas, como alimentos, agua y energía. Algunos estudios han puesto de manifiesto que los impuestos sobre la electricidad afectan sobre todo a los pobres, mientras que los impuestos sobre el transporte no perjudican relativamente a los que tienen un menor acceso al transporte privado. Los impuestos sobre la contaminación suelen ser tener un efecto neutro entre los distintos grupos sociales.

Las políticas que generan mayores ingresos a partir del consumo y menores a partir del trabajo, también pueden comportar una base imponible más amplia y de mayor crecimiento, para responder al descenso de la población en edad de trabajar y al envejecimiento de la población.

Las siete Estrategias Temáticas que se desarrollan en el marco del Sexto Programa de Acción Ambiental, junto con las políticas de integración sectorial y la Estrategia de Desarrollo Sostenible de la Unión Europea, fomentan la planificación a largo plazo.

Políticas coherentes a largo plazo pueden ayudar a reestructurar los incentivos de los instrumentos financieros, los precios de mercado y los impuestos que serán necesarios para reducir el coste creciente y cada vez más evidente que supone el uso de los recursos naturales del planeta. Las ventajas resultantes desde el punto de vista de la eficiencia ecológica podrían contribuir igualmente a incrementar la competitividad de la economía europea. Asimismo, una mayor productividad energética y de los recursos podría compensar en parte las ventajas competitivas de otro tipo de que gozan las economías emergentes de Asia y América del Sur.

Sin embargo, existen obstáculos de envergadura que impiden la aplicación de políticas efectivas y eficientes en todos los niveles de gobierno en la UE. Los estudios de la AEMA indican que el entorno institucional puede ser tan importante como la formulación de la política propiamente dicha.

El apoyo del público a los avances ambientales realizados en las últimas décadas se ve reflejado en los resultados de la encuesta de Eurobarómetro de 2005, que indica, igualmente, que los ciudadanos europeos están dispuestos a hacer más. Este informe demuestra que es necesario hacer más, tanto por parte de los gobiernos como de los ciudadanos, para adaptar el desarrollo económico a la capacidad de aguante de la Tierra.

Europa está en condiciones de señalar el camino mediante la creación de una sociedad europea más inteligente, limpia, competitiva y segura. Estos avances impulsarán mejoras de la eficiencia ecológica y de la equidad a nivel global, garantizando en última instancia la calidad de vida en Europa.